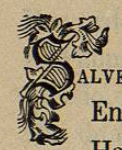


Así pasa la vida, y ni las pompas  
 Ni el trueno alborador de las grandadas  
 Ni el eco de los riles espantosos  
 Ni el aspecto terrible de la muerte  
 Que por doquier los pasos interrumpen  
 Miedo le dan á su alma de heroína  
 Y cruza por las calles, por las plazas  
 Y el consuelo les lleva á los heridos  
 Y el socorro á los pobres que desgracia  
 Del hambre el llanto, sin que nadie acuda  
 A daniel en sus penas el consuelo.  
 De humilde caridad imagen pura.  
 Así á su triste corazón alivia  
 Su espíritu sublime engrandeciendo.  
 Esta es la religión, esta es la bella  
 Humanidad divina, esta es la gloria  
 La verdadera ilustración que ostenta  
 Doquier modelos que imitar deberían  
 Esos viles fanáticos que giran  
 En los templos, las calles y las plazas  
 Que son de Dios intérpretes, y edo  
 En la molle y esplendor se arrullan  
 Recibiendo las viles ovaciones  
 Con que la adulación ciega el oído.  
 Así Agripina la existencia pasa  
 Mientras el alma mata el alma trana.  
 Mientras sus hijos á su patria ofrecen  
 Los laureos de la gloria inmarcesible.

Con rapidez por el profundo espacio  
 En el rumor del agua, en el susurro  
 Del céfiro suave, allí le enseñas  
 A leer algo que tan sólo él sabe.

**CANTO QUINTO.**



**M**ALVE, noche apacible y silenciosa!  
 En tu quietud que á descansar convida,  
 Halla el mortal que á meditar se entrega  
 Dulce tranquilidad, si anhela sólo  
 La gloria conseguir! Entre tus sombras  
 También el criminal abrigo busca!  
 Pero aunque tú le ocultes su conciencia  
 Al sentir las tinieblas silenciosas,  
 Tormentos sufre y el consuelo le huye,  
 Y viene á acompañarle horrible insomnio.

Tú al poeta le enseñas en los vagos  
 Rumores que se cruzan en el valle,  
 En las nubes que vuelan taciturnas,  
 En las augustas sombras de los bosques,  
 En el aroma de la flor que exhala  
 En tu sombra el azahar de sus perfumes,  
 A encontrar un hermoso sentimiento  
 Que él tan sólo comprende. En las estrellas,  
 En los planetas y los astros todos  
 Que tachonan la bóveda celeste,  
 En los celajes que la luna velan,  
 En el iris hermoso, en el silencio,  
 En las exhalaciones que atraviesan

Con rapidez por el profundo espacio,  
En el rumor del agua, en el susurro  
Del céfiro suave, allí le enseñas  
A leer algo que tan sólo él sabe.

En tu sublime soledad el alma  
Halla de religión dulces encantos,  
Y en tu augusto silencio halla el guerrero  
También revelaciones portentosas.  
Por eso en tu silencio tenebroso,  
Mientras el eco del cañón retumba  
Esparciendo la muerte y el espanto  
En torno de la invicta Zaragoza,  
Hay quien alivio á sus pesares busque,  
Hay quien anhele conseguir la gloria  
Y quien proyectos de ambición formule.

Han pasado ocho noches, y las fuerzas  
Del invasor, ni avanzan, ni arremeten  
Con su tan decantada bizarría  
A la heroica ciudad de Zaragoza.

Cerca de media noche, allá en las torres  
Reflejaban dos luces de Bengala  
Que anuncian como un faro que allí alerta  
Están los mexicanos defensores.  
Bajo la altiva bóveda cumpliendo  
Están con su consigna dos amigos  
Que como hermanos se aman; silencioso  
El uno, está escribiendo á los dudosos  
Resplandores fugaces de una lámpara  
Y reflexivo el otro desde lejos,  
Contempla entre las sombras la campaña.

Obscura está la noche, y de continuo  
Se perciben los rápidos disparos  
Del rifle matador, y muchas veces  
Cruzan junto á las torres colosales  
Las mugidoras bombas, espantosas,  
Haciendo retemblar el edificio.

El que escribe es Dalmiro, que obedece  
Una orden superior, y el que medita  
Es Filópatro: mira el campamento  
Viendo del enemigo la impotencia;  
Mas de doscientas horas han pasado  
Desde que el galo sus reales puso  
Y próximo el ataque se presiente.

Súbitamente estrepitoso estruendo  
Que hizo las torres retemblar, se escucha,  
Un brillo serpentea, cual relámpago;  
Pasó un momento, y súbito se mira  
Siniestra claridad, que iluminando  
De Puebla las alturas, una imagen  
Presentó de dolor y de pavora  
Era un incendio: la abrasante bomba  
Estalló en una casa; los amigos  
Se miran un momento, palidecen:  
Dalmiro está cumpliendo una consigna,  
Filópatro está libre; ambos quisieran  
Acudir, mas no puede su deseo.

Filópatro, más rápido que el viento  
Baja las espirales escaleras  
De la torre más alta, y sin descanso  
Corre, llegando al sitio que se abrasa.  
Un momento se para jadeante;

De agua las bombas aún no llegan; mira  
 Que la casa que el fuego devoraba  
 Es la que ocupa de su vida el ángel,  
 La encantadora Amira..... y menos rápido  
 Fué en conocer la casa que en lanzarse  
 Casi sobre las llamas: aún el fuego  
 Libre dejaba parte de las piezas,  
 Mas ya en el patio el fuego se miraba.

No vacila Filópatro, atraviesa,  
 Sube las escaleras que ya humean  
 Y recorre los largos corredores  
 Que rechinan..... Un grito se percibe  
 En la calle al mirarlo que atraviesa.

Han visto desprenderse de la altura  
 El artesón, y piensan que le arrastra.....  
 A poco se distingue, á los reflejos  
 De la violenta llama..... de repente  
 Pasa otra vez el corredor, conduce  
 En sus brazos un bulto, y se oye un grito:  
 "¡ Gloria á la Providencia, se han salvado!  
 Depositó en la calle á la doncella  
 Que llevaran sus brazos amorosos,  
 Y se vuelve á arrojar. La misma escena  
 Se repite, mas vuelve conduciendo  
 De la mano á un anciano y á una anciana.

Apenas de las llamas se hallan libres,  
 Y apenas ya los zapadores suben  
 A derribar el artesón; se escucha  
 Un estrépito sordo..... es que se hunde  
 De aquella casa el áureo artesonado!  
 ¡ Y se levanta amenazando al cielo

En espiral la llama abrasadora!  
 Por el humo y el polvo ennegrecido  
 Apenas respirar puede Filópatro.

En tanto que el incendio se cortaba  
 Por los bomberos, llegan dos hermanas  
 De caridad, dos ángeles, dos hijas  
 De Paul, que luego que la luz miraron,  
 A prestar acudieron sus auxilios  
 A una casa cercana; cariñosas  
 A Amira condujeron sin sentido,  
 Que delirando en su pesado sueño  
 Tal vez se figuraba entre las llamas.

Al mismo tiempo sus consuelos llevan  
 A los ancianos que en su pena horrible,  
 No pueden ni llorar en su tormento,  
 Ni lanzar de su pecho los suspiros.

Estas dos cariñosas criaturas  
 Son la apacible é inocente Elena  
 Y la cándida y púdica Lucila.

Ya derrumbaban los terrados fuertes  
 Los zapadores, y aún allí Filópatro,  
 En medio á los escombros, recorría  
 Buscando algunas víctimas: ninguna  
 Más se encontró, del fuego en las ruinas.

El bárbaro enemigo en sus designios  
 Tal vez creía que el terror cundiendo,  
 Con el temor terrible del incendio  
 Del azteca el valor desmayaría,  
 Al ver que sus terribles proyectiles

En su insolente rabia producían  
 Muerte y desolación. El mexicano  
 Todo tiene previsto: á las dos horas  
 El fuego se extinguió, mientras la plaza  
 Refuerza por doquier sus fortalezas,  
 Para evitar un traicionero asalto.

En tanto, ya la noche nebulosa  
 A despejarse comenzó, y la brisa  
 Fresca anunciaba que veloz venía  
 El transparente albor de la mañana.  
 Volvió en tanto Filópatro al asilo  
 Do alojamiento cariñoso hallaron  
 Del fuego aquellas víctimas humildes  
 De la francesa ilustración. Amira  
 Estaba reposada; los ancianos  
 Sus padres, á su lado derramaban  
 Llanto de gratitud al verse libres,  
 Pero también de pena al verse un día  
 Sin hogar, sin fortuna, por el crimen  
 De ser hijos de México, y tan sólo  
 Porque en su orgullo insano así le agrada  
 Al déspota señor de los franceses,  
 El Brahma de Paris, de Francia culta!

No pudo ver Filópatro esa escena  
 De aquel cuadro de llanto y de dolores,  
 Y enjugando una lágrima doliente,  
 Salió de aquella estancia conmovido:  
 A la torre volvió donde cumplía  
 Dalmiro su consigna, y agitado  
 Anhelaba saber tantas desgracias,  
 Y así afanoso dijole á su amigo:

“Filópatro, refiéreme, te ruego,  
 “Qué ha pasado en la casa de tu Amira  
 “En la que aún se alzan densas humaredas.”

“Ya todo terminó, las tristes víctimas  
 “Del incendio están libres; he cumplido.  
 “Con mi deber, Dalmiro; tu Lucila,  
 “La bella Elena y los amantes padres  
 “De Amira, la consuelan, y le prestan  
 “En este instante auxilios de ternura:  
 “Su fortuna en una hora, amigo mío,  
 “Ha desaparecido entre las llamas.  
 “Nada importa: que vivan y se salven,  
 “Que Dios ayudará nuestros esfuerzos.”

Y ambos, llenos de ira, maldecían  
 La ilustración del fuego y de la sangre  
 Una y mil veces más, y prometiendo  
 Luchar sin tregua, á muerte, para siempre,  
 Contra los invasores de la Europa.

“Dalmiro, yo te juro, hermano mío,  
 Filópatro le dijo, “que si el cielo  
 “Mi existencia conserva, mientras viva  
 “He de ser enemigo de esa Francia  
 “Bárbara, que se llama nación grande.  
 “Yo muy bien sé, Dalmiro, que se acerca  
 “El asalto terrible; me lo indican  
 “Esos diarios ataques que miramos  
 “En torno á la ciudad Zaragozaana.  
 “Tal vez mañana el poderoso empuje  
 “Resistiremos del francés osado;  
 “Plegue á Dios que se acerque ese momento!  
 “Que venga el vencedor de las naciones;

" El mexicano le abrirá la tumba.  
 " Yo bien sé que ese espléndido estandarte  
 " Es la bandera que venció en el Cairo  
 " Cuando el corzo atrevido los desiertos  
 " Paso de los Faraones espantados:  
 " Esa misma bandera victoriosa  
 " Reflejó sus magníficos colores  
 " En las siete espumosas cataratas  
 " Del misterioso Nilo caudaloso,  
 " Cuando cual sierpe de cristal y plata  
 " Riegan sus siete bocas el desierto,  
 " Antes de humedecer las Chípreas costas.  
 " Yo bien sé que esa nítida bandera  
 " Es aquella bandera poderosa  
 " Que traspuso los Alpes gigantescos,  
 " Y al descender á las floridas vegas  
 " De la preciosa Italia, temblar hizo  
 " Los pendones guerreros de Cartago  
 " En que el caballo púnico ondeaba;  
 " Que en Sagunto la heroica, ennegreciera  
 " El humo del incendio, y vino luego  
 " A ser trofeo del inclito romano  
 " Adornando el soberbio Capitolio,  
 " Yo sé que de la Italia encantadora  
 " Al hollar los franceses las campiñas,  
 " En la Ciudad Eterna resonaron  
 " De pavor las inmensas catacumbas;  
 " Temblaron las estatuas de los dioses,  
 " Y aun la sombra de Rómulo espantada  
 " Salió de su sepulcro, y del Tesiano  
 " Y del lago inmortal de Trasimeno  
 " Se oyeron mil gemidos que decían:  
 " ¡Sombra de Aníbal, á tu Italia acude !"  
 " De César y Pompeyo retemblaron

" Las tumbas inmortales, y aun la sombra  
 " De Nerón se cernió sobre del Circo.  
 " Esa bandera tricolor un día  
 " Al cruzar el Egipto, temblar hizo  
 " Las tumbas de mil reyes; y las momias  
 " Que hace cincuenta siglos allí duermen  
 " De eternidad el sueño, contemplaron  
 " Espantadas al hombre que turbaba  
 " El reposo de Apio y de Sesostris,  
 " Rey de Reyes, Señor de los Señores.  
 " Al ondear la tricolor bandera,  
 " Yo sé que victorioso los desiertos  
 " Pasó, al ennegrecerse con la arena  
 " Que el simoun abrasado alza en montañas.  
 " Yo sé que allá en el Dahara esa bandera  
 " De civilización al nombre santo  
 " Se empapó con la sangre de mil víctimas;  
 " Y que de Argel en los infieles templos  
 " Triunfante tremoló, mientras gemían  
 " Millares de familias desoladas.  
 " Pero también recuerdo, mi Dalmiro,  
 " Que allí en esa colina veneranda  
 " Al escuchar de Zaragoza el nombre  
 " Los grandes vencedores de la tierra  
 " Temblaron á los pies del mexicano;  
 " Y que el pendón de Napoleón Tercero  
 " Rasgamos con denuedo y bizarría:  
 " Y que en señal en él, de abatimiento,  
 " De nuestros belicosos escuadrones  
 " Sus cascos estamparon los caballos.  
 " Que asalten, pues, Dalmiro, las murallas,  
 " Que vengan á ilustrarnos con el fuego,  
 " Con la matanza y vil carnicería,  
 " Y la traición y el dolo: que nosotros

“Humillarlos sabremos. Ya han besado  
 “El polvo que pisaban nuestras plantas.”

Sí, Filópatro, hermano, que difundan  
 El espanto doquier sus baterías.  
 Ya la gloria inmortal de Zaragoza  
 Es como el mundo, eterna; sin mancilla  
 Ha de pasar á la futura gente;  
 Jamás puede borrarse de la historia.  
 Y aunque pasen sus fuertes batallones  
 Sobre nuestros cadáveres sangrientos,  
 Y aunque á escombros reduzcan las ciudades,  
 Y aunque México toda se destruya,  
 Siempre el mundo dirá al tiempo futuro  
 Que al francés humilló México libre,  
 Porque arrancarle cauteloso quiso  
 Su libertad y santa independencia:  
 Y aunque muera, pondrá sobre su tumba  
 Este lema inmortal el tiempo eterno:  
 “Murió, pero invencible, y en la historia  
 Ni hombre ni Dios empañarán su gloria.”

Entretanto, el crepúsculo empezaba  
 A despejar el límpido horizonte  
 Que anunciaba en su clara transparencia  
 La luz rosada de la limpia aurora.

Antes que brille el sol en las nevadas  
 Cumbres de los altísimos volcanes,  
 Se estrechan los amigos, se despiden,  
 Derramando una lágrima gloriosa;  
 Y recordando que juraron guerra,  
 Guerra sin tregua al franco y á su estirpe,  
 ¡Adiós! dijo Dalmiro conmovido,

Y ¡adiós! dijo Filópatro llorando:  
 Y se fueron los dos. Por las montañas  
 Comienzan los celajes azulinos  
 A distinguirse en el lejano Oriente,  
 Y al Sur y al Occidente; á Oriente y Norte,  
 En toda la extensión del campamento  
 Se ve del enemigo el movimiento.

Se ven mover los trenes, las columnas,  
 Dirigirse al San Juan, y allá en la cima  
 La bandera francesa se enarbola;  
 Señal de que Forey sienta sus reales.

Brilla el sol en Oriente, y el estruendo  
 Horrible de las bombas que descienden  
 A la ciudad, anuncia que el despecho  
 Guía á esos hombres que llegar no pueden  
 A ser dueños del campo de Occidente.

Arrojan con vigor á sus columnas,  
 Y con vigor las nuestras las resisten  
 Contestando á sus fuegos nuestros fuegos.

No bien resuenan las guerreras dianas  
 En la plaza, retiemblan las campiñas  
 Y en su base retiemblan las montañas,  
 Y aun los templos grandiosos, los palacios  
 Al eco prolongado se estremecen.

Truena el mortero sitiador, y truenan  
 Treinta y seis bocas de bruñido bronce  
 Que estallan formidables en un tiempo,  
 Y treinta y seis columnas se levantan  
 De humo negro, que opacan las alturas,  
 Y obscurecen el límpido horizonte.

Treinta y seis rayos son que se desploman  
Sobre del fuerte San Javier cien veces;  
Y cien más, y mil veces se repiten  
Los estallidos de la horrenda bala.

Nuestra activa, violenta artillería  
Contesta con vigor al enemigo,  
El Atoyac sus aguas estremece  
Y aun los cedros, los robles corpulentos  
De la Malintzi su ramaje inclinan  
Al fragor de las fuertes baterías.  
Entre el humo que arroja la metralla  
Y el rifle, y las granadas, y las bombas,  
Se oye el grito guerrero del soldado  
Que entusiasta á la patria vitorea,  
Y no cesan los rayos de la lucha,  
Que sus fuegos envía con estrépito:  
Y no cesan los gritos del guerrero,  
Mientras cien bocas de rayado bronce  
Lanzan por ambas partes el espanto.

El fuerte del Demócrata certero  
Diezma los batallones; el de Hidalgo  
Y el de Morelos San Javier apoyan,  
Y á cada paso el aguerrido zuavo  
Huye despavorido y se retira.....

Corren las horas, la mañana avanza,  
Y no cesa el estrépito terrible  
De la tenaz, potente artillería,  
Mientras que entre las nubes de humo negro  
Nuestro orgulloso pabellón tremola.

Así como de Estío á los rigores  
Al influjo del trópico, las fieras

Terribles tempestades aglomeran  
Las densas nubes que la luz opacan,  
Y sólo los relámpagos siniestros  
Cruzan al rimbombar de la tormenta,  
Cuando estalla el fragor del rayo horrendo  
Y cruzando los montes y los valles,  
Parece que temblar hace á la tierra;  
Así se oyen los ecos espantosos  
De la violenta artillería; oscuros  
Se ven los horizontes con las nubes  
Del fuego matador, que como el rayo  
Derriba árboles, torres, cuanto encuentra  
A su paso la bala silbadora.

En tanto allá entre el humo y entre el polvo,  
Se ven de San Javier sobre los muros  
Del Norte los heroicos legionarios,  
Que espantan con sus tiros tan certeros  
De Africa á los valientes cazadores.  
Y los hijos también de Guanajuato  
Serenos hacen estallar sus rifles.

Súbite con arrojo impetuoso  
Se avanzan las columnas enemigas;  
Auza las ve, y al grito de la guerra,  
Salta la rambla, el muro, salta el foso,  
Y sus soldados con soberbio empuje  
Desalojan al franco despechado:  
Cambia su movimiento al sud-oeste,  
Llega veloz queriendo sorprendernos,  
Mientras también por Occidente carga;  
Pero veloz el hijo de Morelia,  
Y el soldado también guanajuatense,  
Cual muralla de acero se interponen,